

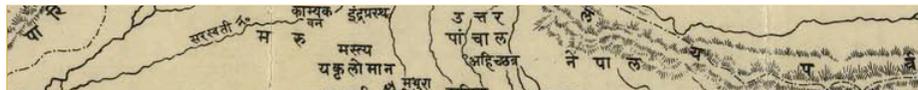
# UN PROGRAMA DE ALFABETIZACIÓN DESARROLLADO EN COMUNIDADES RURALES DE GUANAJUATO, MÉXICO: 17 AÑOS DE EXPERIENCIA

BRAD WILCOX\*

TIMOTHY G. MORRISON\*\*

*La Universidad Brigham Young, de Estados Unidos, lleva a cabo un programa de alfabetización en áreas rurales del estado mexicano de Guanajuato desde hace 17 años. En este artículo se presentará el programa de alfabetización y se describirá la experiencia típica de los estudiantes, así como la de los adultos que reciben clases particulares.*

*Desde el comienzo del programa, sus directores han observado muchos cambios en la alfabetización en la región. Estos cambios están sobre todo relacionados con la disminución del interés por el aprendizaje de la lectoescritura, la falta de agilidad de ciertas respuestas por parte de los organismos gubernamentales, y una modificación de la vida en las comunidades, producida por cambios en sus condiciones laborales y económicas. Finalmente, se propondrán posibles direcciones para el desarrollo futuro de la alfabetización en la región.*



*Brigham Young University in the United States has been carrying out a literacy program in the rural areas of the Mexican state of Guanajuato for 17 years. In this article, the literacy program will be presented and the typical experience of both the students and the adults receiving private lessons will be described.*

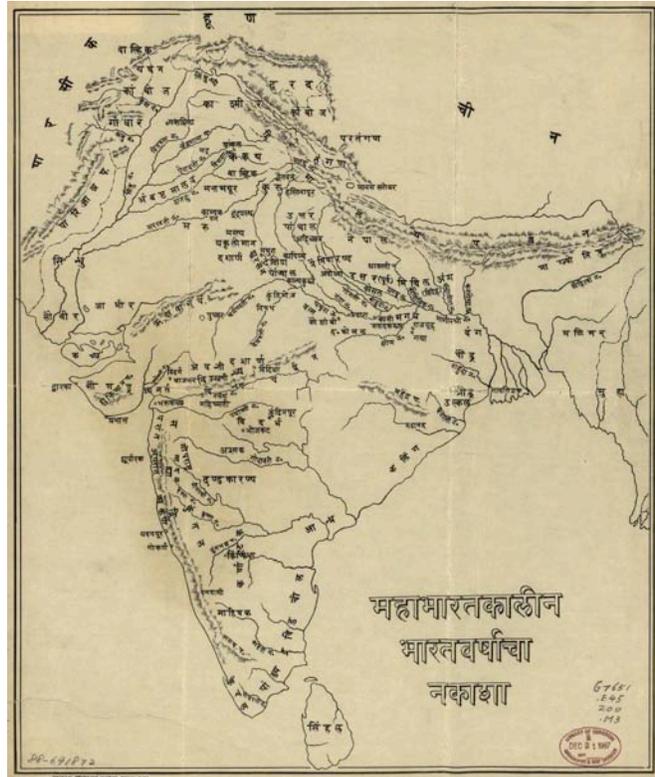
*Since the beginning, the directors of the program have observed many changes in the literacy situation of the region. These changes are mainly related to the decrease in the interest for learning to read and write, the lack of agility in the governmental organizations' responses, and a change in the life of the communities, produced in turn by modifications in their work and economic conditions. Finally, possible directions for the future development of literacy in the region will be suggested.*

“... la investigación sobre alfabetismo en Latinoamérica debe mantener y responder simultáneamente a la inmediatez de su contexto y abordar los problemas a resolver en el mismo [...] Aspectos sobre la apropiación y funcionalidad [...] son importantes para que los programas de educación alternativa puedan representar y hacer realidad el ideal de Freire (1996) de una pedagogía de la esperanza.”

(Seda-Santana, 2000: 50)

Hace diecisiete años, en 1993, la Universidad Brigham Young (BYU, por su sigla en inglés), ubicada en la ciudad de Provo, estado de Utah, Estados Unidos, inició un programa de alfabetización en zonas rurales de México. Si bien no lo hizo como respuesta directa al llamado de la autora del epígrafe que encabeza este texto, adoptó en general su filosofía. El programa tiene lugar en las montañas del corazón de México, en el estado de Guanajuato, un centro agrícola y minero con una rica cultura. El Estado ha experimentado cambios dramáticos a lo largo de los últimos años, pero en las zonas rurales que rodean a la ciudad de Irapuato existen pueblos pequeños o ranchos en los que pocas modificaciones han ocurrido con el paso de las décadas. En esta región de habla hispana llamada El Copal, las personas viven en condiciones similares a las de sus abuelos y bisabuelos.

Estas eran las circunstancias cuando estudiantes de BYU, en grupos pequeños, viajaron a México. Durante tres meses, se alojaron en los ranchos con las familias del lugar, dieron clases particulares de lectura y escritura en español a adultos y trabajaron en proyectos particulares de investigación relacionados con sus intereses académicos o personales. En este artículo se presentará una breve historia y reseña del programa de alfabetización, se describirá la experiencia típica de los estudiantes, así como de los adultos que recibieron clases particulares. También se identificarán los cambios ocurridos en los ranchos de El Copal durante los últimos 17 años y se propondrán posibles direcciones para el desarrollo futuro de la alfabetización en la región.



## El programa de BYU

El ex catedrático de Español y Portugués de BYU, Ted Lyon, fundó el Programa de Alfabetización en México en 1992, con la intención de servir al pueblo latinoamericano. Posteriormente, Lyon llegó a ser el director de Estudios Latinoamericanos del Centro para Estudios Internacionales David M. Kennedy de BYU, pero siguió dirigiendo el programa de alfabetización hasta que se jubiló, en el año 2007. El objetivo principal del programa es ofrecer a los estudiantes la oportunidad de visitar México, realizar investigaciones y trabajo voluntario, en forma de clases particulares a los adultos de las comunidades rurales.

El primer grupo, de 16 estudiantes, viajó con Lyon a México en 1992 y permaneció allí tan solo seis semanas, de abril a junio. Desde entonces, los grupos han sido menos numerosos y han tenido estadías más prolongadas, por lo general de tres meses. En ciertos años han viajado hasta tres grupos diferentes (otoño, invierno y verano), pero en la actualidad se forma uno solo cada año. Aunque los estudiantes costean su propio viaje, en ocasiones se ha dispuesto de fondos adicionales, provistos por el Programa

de Honores de BYU, el Fondo para el Desarrollo Internacional del Centro para Estudios Internacionales David M. Kennedy y algunos donantes particulares. Los detalles de la organización del programa fueron supervisados primero por la oficina de Estudios en el Extranjero de BYU y más tarde, por la oficina de Estudios de Campo de la universidad.

Los participantes del programa se hospedan con familias en nueve ranchos: Santa Rosa, Valencianita, San Nicolás, Ojo de Agua, Las Adjuntas, El Encino, La Cañada, La Estancia y Comederito. En estas pequeñas comunidades viven en total unas 1000 personas. En 1992, apenas el 10% de su población adulta sabía leer y escribir, aunque según un censo llevado a cabo por estudiantes de BYU en 2007, el 70% de los adultos, aproximadamente, cuenta con más de un año de enseñanza escolar (David M. Kennedy Center for International Studies, 2007). La mayoría vive en casas de piedra sin instalación interna de agua corriente, aunque en años recientes se han construido varias casas de cemento y ya hay distribución de agua corriente una vez por semana. Además, desde hace ocho años, hay suministro de energía eléctrica. En la década de 1980 se edificaron pequeñas escuelas de educación primaria para los niños del lugar, y los que avanzan a la educación secundaria asisten a la única institución educativa de toda la región. Este progreso ha sido financiado en parte por programas gubernamentales, así como por envíos de los familiares emigrados a Estados Unidos.

El primer grupo del programa viajó a Iraquato, México, y allí fue capacitado en las oficinas de PLAMAC (Proyectos Laubach de la Alfabetización en México, Asociación Civil), una organización privada de alfabetización que destaca la libertad y las posibilidades que obtienen quienes aprenden a leer. A los pobladores se les enseñó que al aprender a leer y escribir podrían tener una mayor participación en las decisiones de sus comunidades, e incluso en las de sus propias vidas (Bengoa, 1988). El programa de instrucción de Laubach se concentra en la enseñanza personal y se emplea en muchas partes de América Latina, así como en varias partes del resto del mundo. Se basa en la enseñanza de técnicas con un marcado énfasis en la fonética e incluye algunas actividades prácticas con el idioma a fin de brindar un contexto significativo en el cual adquirir esas técnicas. El

programa requiere maestros particulares voluntarios y se vale de una serie de cuadernos de trabajo (Laubach, 1981). Los principios en los que se basa incluyen el aprendizaje mediante asociaciones mentales en lugar de pura memorización, la repetición, el aprendizaje por cuenta propia y un contexto significativo para la lectura y la escritura.

Por su lado, los participantes del programa aprendieron que sus tareas de alfabetización formaban parte de un plan más amplio, que abarcaba la capacitación laboral, los cuidados de salud preventivos y las técnicas eficaces de resolución de problemas. Durante el programa, se consideraron a sí mismos como impulsores de cambio, identificaron las necesidades de los miembros de la comunidad y después les enseñaron la forma de satisfacer esas necesidades. Procuraban ser ejemplos para las personas con quienes vivían.

El encuentro con estilos y condiciones de vida muy diferentes de los propios significó un choque cultural para los estudiantes de BYU. Les preocupó la falta de atención médica y de oportunidades educativas de la comunidad. Sin embargo, después de poco tiempo sintieron afecto por las familias de los ranchos y establecieron vínculos con los adultos a quienes les dieron clases particulares. Fueron aceptados sin problemas como parte de la comunidad y llegaron a apreciar las rutinas sencillas y el paso lento de su nuevo estilo de vida.

Uno de los participantes del programa escribió lo siguiente: *“Durante la primera semana nos pusimos en contacto con candidatos a alumnos, es decir, los posibles beneficiarios del programa, en los ranchos de los alrededores. Fijamos los horarios de enseñanza y nos ajustamos a las nuevas condiciones de vida. Nos acostumbamos rápidamente a que a las cinco de la mañana nos despertara el sonido de los marranos, los burros y los gallos. También nos tuvimos que adaptar a bañarnos con cubetas, a la falta de luz después de la puesta del sol, a la compañía de escorpiones y ratones en los cuartos y a usar el retrete, con bastante frecuencia algunos días. Perseguimos a las cucarachas con linternas y a los perros callejeros con piedras. Comimos más frijoles que lo que creímos posible alguna vez. Y rápidamente nos acostumbamos al amor casi inmediato que nos daba la gente de los ranchos. Nos sentimos agradecidos por la confianza callada que depositaron en nosotros como sus maestros”*.

Los adultos de la comunidad tenían diversas necesidades educativas: algunos jamás habían asistido a la escuela y casi no sabían leer y escribir; otros habían tenido que abandonar la escuela a una edad temprana para trabajar y mantener a sus familias, pero deseaban mejorar su lectura y escritura; algunos pedían que se les enseñara la matemática básica; varios querían aprender a escribir en letra cursiva para poder firmar en lugar de escribir sus nombres en letra de imprenta y algunos incluso mostraron interés en aprender inglés. Al principio vieron esta oportunidad de mejorar su capacidad de leer y escribir como una forma de resolver sus problemas económicos y mejorar sus vidas. Un miembro de la comunidad quería que los participantes del programa le enseñaran a conducir, y el dueño de una tienda del lugar deseaba aprender a sumar y restar para “*que no lo engañaran*”.

Los participantes del programa enseñaban en grupos de dos o tres, y todos los días se dirigían a sus clases a pie. Aunque no se consideraban maestros expertos, eran creativos y se valían de distintas actividades para despertar el interés de sus alumnos, muchos de los cuales, como adultos, no tenían la costumbre de sentarse a estudiar. Los maestros cantaban, hacían dibujos y organizaban juegos de vocabulario. Para que los alumnos mantuvieran el interés, hacían uso de situaciones de la vida real como, por ejemplo, la cocina –con recetas– o la escritura de cartas. El progreso de sus alumnos, por lento que fuera, les producía satisfacción. Un participante del programa dijo lo siguiente: “*Tal vez la emoción más grande la sentía cuando uno de mis alumnos finalmente aprendía a escribir su nombre*”.

En los años siguientes, más estudiantes de BYU viajaron a estas comunidades para continuar la obra de enseñanza de quienes los habían precedido. Algunos de los miembros de la comunidad continuaron en el programa, mientras que otros perdieron el interés. Algunas de las personas que en un principio parecían no tener interés empezaron a tomar clases luego de escuchar opiniones positivas de sus vecinos o familiares acerca del programa y de la ayuda ofrecida por los maestros particulares. Por ejemplo, varios mencionaron que el aprendizaje de la lectura los había ayudado en los quehaceres domésticos y en el trabajo, e incluso la mayoría de ellos se mostraban contentos porque sus nuevas destrezas les permitían sentirse más

realizados. Algunos de los alumnos mostraron un progreso rápido, pero otros se atrasaron. Para algunos, la única motivación parecía ser la de relacionarse con los amables visitantes; para otros, en cambio, la alfabetización constituía una meta personal y su progreso les provocaba una gran satisfacción y orgullo por sus logros. Un adulto indicó que en apenas seis semanas no solo había aprendido a escribir su nombre, sino también a leer carteles, de modo que al ir a Irapuato no tenía que sufrir la humillación de tener que preguntar los nombres de las calles.

El grupo colaboró con varios proyectos de desarrollo, entre ellos la colocación de cercas alrededor del centro de salud de Santa Rosa, la limpieza de la plaza de la Valencianita, la creación de huertas familiares, la distribución de semillas, la edificación de escuelas y la construcción de una pequeña represa para abastecimiento de agua. Otra iniciativa fue la donación de libros a familias que carecían de ellos. En El Encino, los participantes del programa junto con los miembros de la comunidad completaron la construcción de un centro comunitario de un único salón: reemplazaron la pintura, instalaron un techo en el patio, realizaron los trabajos necesarios con hormigón e instalaron ventanas. Algunas de estas obras de desarrollo se efectuaron con ayuda de la asociación civil Fundación Mexicana para el Desarrollo Rural.

En 1995 Ted Lyon decidió dejar de trabajar con PLAMAC y comenzó a colaborar con el Instituto Nacional para la Educación de los Adultos (INEA) de México. Una de las razones principales por las que se dejó de trabajar con los materiales de Laubach fue que con el INEA los miembros de las comunidades estaban en condiciones de recibir reconocimiento oficial por sus estudios. Tras la aprobación de ciertos exámenes, reciben una certificación de sus destrezas que aumenta sus posibilidades de obtener un título o acreditación de saberes y de ese modo conseguir mejor empleo (Infante, 1983).

Desde que el programa de BYU trabaja con el INEA, sus participantes enseñan en los ranchos a grupos de dos a diez alumnos, a quienes visitan una o dos veces a la semana para corregir los ejercicios de los cuadernos del INEA. Para la mayoría, solo es necesario que su maestro realice correcciones y conteste preguntas, ya que pueden completar los ejercicios individualmente en el curso de la semana. Otros alumnos

encuentran más difícil la realización de los ejercicios y requieren visitas más prolongadas que incluyan explicaciones profundas de los conceptos y ejemplos prácticos. Naturalmente, los participantes del programa tienen que ser flexibles en sus métodos de enseñanza y trabajar de forma individual con cada alumno adulto para que este pueda aprender a su ritmo.

El programa del INEA era similar al de Laubach. Se concentraba de igual manera en la enseñanza personalizada, mediante el empleo de maestros particulares voluntarios. También ponía énfasis en las técnicas de lectura y la presentación de nuevas propuestas se realizaba mediante la asociación con imágenes. El fundamento teórico del programa era que primero se aprendiesen las técnicas y luego se las aplicara en tareas de lectura. Sin embargo, los maestros particulares a menudo presentaban primero el contexto (por ejemplo, la lectura de una carta reciente o la escritura de una carta a un familiar) con el fin de motivar y darle significado al aprendizaje de las técnicas. Los cuadernos de trabajo del INEA eran semejantes a los de Laubach, pero provenían de una institución gubernamental y estaban específicamente orientados a la preparación de los alumnos para el examen con reconocimiento oficial.

Aunque el programa de alfabetización ha cambiado, las experiencias de los participantes del programa se repiten. Uno de ellos escribió lo siguiente: *“Viajamos a México para enseñar y ayudar a la gente, pero fuimos nosotros quienes aprendimos de los mexicanos. Nos enseñaron melodías populares, canciones de amor, bailes y juegos. Compartieron con nosotros sus remedios familiares y curas caseras. Nos llevaron a sus campos y nos enseñaron a plantar cacahuates, frijoles y maíz. Fueron corteses y trataron de no reírse de nuestros torpes intentos de imitarlos. Nos enseñaron a hacer tortillas, salsa y mole. Pero principalmente, nos enseñaron a amar y a dar”*.

## La experiencia de un participante del programa

Matthew Cox, de Massachusetts, conoció el programa cuando cursaba su segundo año de estudios en BYU. En ese entonces su carrera era Español y hablaba el idioma con fluidez

porque había vivido dos años en Venezuela y en Chile. *“Lo que más me interesaba del programa era la experiencia transcultural”*, dijo. También le interesaba la actividad de alfabetización, a pesar de que casi no tenía experiencia al respecto.

Después de obtener un lugar en el programa de BYU, Cox se inscribió en el curso obligatorio de preparación, que duraba siete semanas y era ofrecido en el bimestre de primavera, antes de la partida. El curso era supervisado por docentes, pero las clases eran dictadas por anteriores participantes del programa, quienes tenían valiosas experiencias personales para transmitir. Los contenidos cubrían la sensibilidad cultural, la metodología de investigación y la historia de México, así como información específica sobre los ranchos en los que vivirían. Al respecto, Cox dijo: *“La preparación cultural me pareció lo más útil. Estudiamos religión, acontecimientos de actualidad, tradiciones familiares, orientación de valores e incluso hábitos de alimentación”*. También afirmó que le habría gustado recibir más capacitación para su tarea como maestro, en forma de instrucciones específicas para enseñar a un adulto a leer y escribir. Explicó lo siguiente: *“No sabía bien por dónde empezar, pero me aseguraron que lo iba a aprender rápido una vez que llegáramos a México y conociéramos a nuestros alumnos”*. Durante el curso de preparación, Cox elaboró un plan para su propio proyecto de investigación en México. Su interés en las obras de desarrollo lo llevó a realizar un estudio del sistema local de distribución de agua y analizar su impacto social en esas comunidades. Los otros estudiantes que participaron del programa con él decidieron investigar la alfabetización, la gestión de riesgos económicos y los programas de salud del gobierno.

A principios de septiembre de 2007, Cox y sus tres compañeros llegaron a México y se dirigieron a los pueblos donde pasarían los siguientes tres meses. Ningún director docente los acompañó hasta allí, por lo que uno de los estudiantes tomó la tarea de facilitador, es decir, de orientador del grupo, y mantuvo un contacto frecuente con la oficina de Estudios de Campo de BYU por medio de Internet y del teléfono.

Cox y otro participante del programa vivieron con una familia en Santa Rosa. Se alojaron en un cuarto pequeño de paredes de piedra

revocadas con yeso, que tenía una cama y una puerta con candado, y compartían las comidas con la familia. Durante el día, Cox visitaba a uno o dos adultos y les daba clases particulares en sus hogares, los ayudaba a realizar las actividades de los cuadernos de ejercicios del INEA y los preparaba para los exámenes. También hizo entrevistas como parte de su investigación y participó de actividades cotidianas de los miembros de la comunidad, tales como cosechar maíz, lavar ropa, construir casas y arrear cabras y ganado. Se bañaba con una cubeta y usaba tortillas en lugar de cubiertos. Tomó nota de sus experiencias, sus pensamientos y sentimientos en un diario de trabajo de campo que el programa le exigía llevar. Al escribir, reflexionaba sobre sus logros, sus fracasos y las metas para los días siguientes.

Los fines de semana, Cox y sus compañeros de trabajo viajaban a Irapuato en autobús. Allí se alojaban en un hotel, se bañaban con agua corriente y en ocasiones se comunicaban con las oficinas del INEA para coordinar las fechas de los exámenes. También aprovechaban su estadía en la ciudad para comprar alimentos y útiles escolares, asistir a la iglesia y participar en actividades culturales no disponibles en los ranchos, tales como bailes, conciertos y festividades.

En noviembre, un profesor de BYU viajó a las comunidades durante algunos días para observar y ayudar a los estudiantes. Los observó durante su actividad de enseñanza y los entrevistó acerca de sus procesos de adaptación, su relación como grupo, sus clases particulares y sus trabajos de investigación. También visitó el INEA, donde se reunió con representantes del instituto para buscar soluciones a algunos problemas que habían surgido. Entre ellos, el hecho de que el INEA no enviaba evaluadores a los ranchos a menos que hubiese un grupo numeroso listo para el examen, lo cual suponía dificultades porque no había muchos adultos aprendiendo a leer y, además, no todos estaban listos en el mismo momento para rendir el examen. Esto resultó en una falta de motivación entre los alumnos.

Después de reunirse con los representantes del INEA, el docente y los participantes del programa viajaron, en un automóvil de alquiler, a conocer Guanajuato y Dolores Hidalgo, la cuna de la lucha por la independencia de México.

Realizaron visitas a los museos y lugares históricos y disfrutaron especialmente de la pausa en la rutina y de los restaurantes de la zona. Durante la visita del profesor, los participantes del programa relataron sus experiencias y su crecimiento personal. Cox dijo: *“Fue bueno hablar con un mentor del cuerpo docente que entendía mi propia cultura y que a su vez compartía conmigo el interés por la gente de los ranchos”*.

En diciembre de 2007 Cox regresó a Estados Unidos. Como parte de su reflexión sobre su estadía en México, manifestó: *“Lo más valioso de esta experiencia fue el vínculo con la gente de los pueblos y la oportunidad de participar de sus vidas diarias. Me encantó ver su cultura, no como alguien de afuera, sino como uno de ellos. Me conmoví mucho cuando la familia que me alojaba me pidió que fuera uno de los padrinos de bautismo de su hija”*.

Cuando se le pidió que hablase sobre lo más difícil de la experiencia, dijo: *“Aprender a moverme y comportarme de forma apropiada en una cultura distinta. Me costó entender mi función dentro de la familia que me hospedó y la comunidad. ¿Había lugar para mí? ¿O tenía que crear yo ese lugar? ¿Debía cumplir con las normas sociales y los roles de un joven adulto de la cultura en la que me encontraba o comportarme según mi propia cultura? Quería ser parte de la cultura del rancho, pero no sabía cuáles debían ser los límites de mi inmersión, si es que los había, y se me hizo difícil darme cuenta de cómo involucrarme de forma personal y apropiada”*.

Casi un año después de su regreso de México, Cox reflexionó: *“A pesar de todas las preguntas sin respuesta que tengo todavía, soy más consciente ahora que entonces del valor de esa experiencia. ¡Qué oportunidad la de involucrarme a fondo en otra cultura como estudiante universitario! Uno no puede involucrarse así sentado en un aula o viendo una presentación de PowerPoint. En cambio, pude estudiar y convivir con una cultura que me interesa sinceramente, y además me dieron crédito universitario por hacerlo”*. En la actualidad, Cox da clases a otros participantes del programa en el curso de preparación. Pienso obtener una maestría en Administración Pública y posteriormente trabajar con organizaciones de desarrollo en América Latina. El rumbo que ha tomado su vida es resultado de

su experiencia en México: *“Fue allí que mis metas se aclararon y afirmaron. Me di cuenta de lo que quería hacer para poder contribuir de forma duradera a la comunidad”*.

## La experiencia de los beneficiarios del programa

Uno de los primeros alumnos de Cox y de otro participante del programa en Santa Rosa fue una señora mayor que nunca había asistido a la escuela y comenzaba a aprender a leer y escribir. La mujer vivía sola, porque su marido trabajaba en Estados Unidos, aunque en ocasiones recibía la visita de la familia de su hija durante algunos meses. Como material de estudio utilizaba el primer libro del INEA, titulado **La palabra**. *“Durante mi estancia allí”* señaló Cox *“ella pasó de la lectura de palabras de una sílaba a leer palabras de tres sílabas. Además aprendió a escribir algunas palabras. El proceso de unir las distintas letras de una palabra era lento. A menudo, en nuestras visitas encontrábamos que había realizado solo la mitad de su tarea y debíamos completar el resto con ella. En esas lecciones le repetíamos las palabras despacio para que las escuchara y escribiera, y ella entonces aprendía de memoria como armar las palabras”*.

Por su parte, la señora dijo: *“Me encantaba aprender con mis maestros. Venían a mi casa a visitarme. Me preguntaban sobre mi familia y mis animales. Luego miraban mis lecciones y me ayudaban a terminarlas. Me decían que no me rindiera y que siguiera echándole ganas. Me encantaba que vinieran, y yo me esforzaba por aprender las palabras de los libros. No quería que se desanimaran. Soy principiante, me falta mucho para poder leer y escribir como otros, pero tengo las ganas y progreso bastante cuando vienen mis maestros. Me han ayudado a ver lo que es posible. Me han dado esperanza, por más que me falte mucho todavía”*.

Cabe señalar que no todos los alumnos de Cox mostraron un progreso comparable. Según explicó el propio Cox: *“A muchos de los adultos en estos ranchos se les hace a veces difícil apartar tiempo de sus quehaceres diarios para estudiar, y puede resultarles incluso más difícil acostumbrarse a la disciplina que exige un entorno de instrucción formal”*. Otra de sus

alumnas fue una señora que hacía funcionar una pequeña tienda en su casa. Además de la lectura quería aprender multiplicaciones básicas y adquirir una comprensión general de los gráficos de barras. Cox recuerda que *“en ocasiones tuve que repetirle las lecciones tres o cuatro veces. Al final de la clase tenía una idea general del funcionamiento de los gráficos de barras, pero una semana después ya se había olvidado de todo. Aprendí a ser más paciente en mis clases a esta mujer”*.

Algún tiempo después, la beneficiaria expresó lo siguiente al director del programa: *“Me gusta que los maestros me vengan a enseñar formas de administrar mejor mi tienda. Me estoy poniendo vieja y por eso no siempre recuerdo lo que me enseñan, pero no se dan por vencidos ni me dicen que soy tonta. Están felices de que yo le eche ganas”*.

Cox explicó que la razón por la que algunos de los beneficiarios del programa no recuerdan lo que se les enseña es que a menudo cancelan sus clases durante períodos de dos o tres semanas. *“Así se les hacía difícil retener lo que estaban aprendiendo”* escribió Cox. *“Ellos no siempre les daban prioridad a nuestras sesiones particulares. Aun así, en las ocasiones en las que sí podían recibir las lecciones mostraban entusiasmo y gratitud”*.

## Los cambios

A lo largo de los 17 años del programa, sus directores han notado cambios tanto en BYU como en México. Dichos cambios se encuentran documentados en los cuadernos de trabajo de campo de los directores del programa, en las entrevistas efectuadas por los directores a los participantes del programa en la universidad y en México, en las comunicaciones entre estudiantes y profesores por medio de correo electrónico, así como en los proyectos de investigación, los trabajos de reflexión y los cuadernos de trabajo de campo de los estudiantes.

Antes del viaje a México, y como parte de la preparación, los directores del programa y los profesores de apoyo se reúnen con los participantes. Después, los directores visitan a los estudiantes en el país de destino durante cinco días para apoyarlos en la realización de sus proyectos. Durante su estadía, registran las actividades

de los participantes y sus objetivos. Observan las clases particulares y ponen sus conclusiones por escrito. Antes y después de estas visitas, la forma de comunicación con los participantes del programa consiste en correos electrónicos semanales que se archivan para su consideración en decisiones futuras.

Asimismo, los directores y los profesores de apoyo entrevistan a los estudiantes antes y después de su partida. Cuando los profesores visitan México, entrevistan a los participantes y a los beneficiarios locales. Por regla general, las entrevistas no son grabadas; en cambio, se toman apuntes del contenido y se los archiva.

Los directores del programa son los encargados de calificar y archivar los proyectos de investigación de los estudiantes. La mayor parte se envía para su publicación o presentación, y en algunos casos los trabajos han sido aceptados. Por ejemplo, la publicación financiada por **BYU The Journal of Inquiry: Student Cross-Cultural Field Research** publicó varios de los trabajos y experiencias de los estudiantes universitarios. Además, algunos presentaron sus trabajos en conferencias de alfabetismo de alcance nacional, entre ellas la National Reading Conference y la Conference of the Association of Literacy Educators and Researchers.

Los trabajos de reflexión, que exigen a los participantes del programa poner en perspectiva su experiencia, son leídos por los directores del programa, quienes de esa forma tienen acceso a otra fuente de información. También se exige a los estudiantes que lleven un diario y registren allí sus vivencias, observaciones e inquietudes. Posteriormente, los directores del programa reciben copias de esos diarios.

Con estas fuentes de información, en los últimos 17 años han podido documentarse los cambios que se han producido tanto en la Universidad Brigham Young como en México. En la universidad, tiende a disminuir la cantidad de estudiantes interesados en una experiencia en comunidades rurales. Mientras que los programas de Estudios en el Extranjero en Europa, África y Asia crecen, el programa de Alfabetización en México interesa cada vez a menos estudiantes. Incluso se ha vuelto difícil encontrar a docentes dispuestos a trabajar en el programa. Otra preocupación es que, a causa del aumento de las exigencias académicas en la

mayoría de las carreras, a algunos estudiantes les resulta difícil dedicar tiempo a este tipo de experiencias. A esto contribuye el hecho de que algunas de las asignaturas obligatorias de las carreras se enseñan únicamente en ciertos semestres.

Se han observado tres cambios principales en la alfabetización de los adultos de las comunidades visitadas durante el transcurso de los últimos 17 años: en primer lugar, el interés en el aprendizaje de la lectoescritura ha disminuido en cierta medida; en segundo lugar, al cambiar de los materiales de Laubach a los del INEA descubrimos que algunos de los administradores del programa gubernamental parecían no cubrir las necesidades de los miembros de la comunidad en relación con los exámenes, y por último, las condiciones laborales y económicas de las comunidades se han modificado.

Con respecto al primero de los cambios, los estudiantes de BYU han observado que el interés por estudiar ha disminuido en los años que lleva el programa y, en particular, son menos los hombres que acceden a este. En la década de 1990, los participantes del programa enseñaban por lo menos a la misma cantidad de varones que de mujeres, pero ahora las mujeres demuestran más interés que los hombres en el aprendizaje de la lectura. Aun así, incluso ellas consideran que aprender a leer es un pasatiempo y no algo que pueda mejorar realmente su situación económica (White, 1979).

Las causas de la disminución del interés no resultan claras, pero podemos especular que la caída en el número de alumnos se debe a una mayor emigración a Estados Unidos y otros destinos con el fin de trabajar. En 1992, los alumnos de BYU que participaron en el programa atribuyeron la falta de interés por la lectura a la poca disponibilidad de material. Sin embargo, en los últimos años los pueblos han dejado de estar tan aislados y ahora hay materiales disponibles. Hay personas que viajan a las ciudades, y a su vez los ranchos reciben visitantes de otras zonas, que ofrecen diversos bienes y servicios, como por ejemplo un vendedor de tortilla que llega desde la ciudad en su camión, o un vendedor de fruta traída de México y el extranjero. A pesar de este cambio, el material de lectura sigue sin despertar interés entre los miembros de la comunidad, ni siquiera cuando se trata de periódicos. Los estudian-

tes de BYU han llevado y regalado libros, pero nadie los lee.

El segundo cambio lo implementamos nosotros al dejar de emplear los materiales de Laubach y pasar a usar los del INEA. A partir de entonces descubrimos que algunos de los funcionarios del instituto parecían no responder a las necesidades de los miembros de la comunidad, quienes deseaban rendir exámenes de modo de recibir un reconocimiento oficial de sus estudios en forma de diplomas de estudios básicos y secundarios. Uno de los problemas reside en que los evaluadores enviados por el INEA toman sus exámenes en un determinado lugar de la comunidad, el cual, en muchos casos, resulta de muy difícil acceso a los pobladores a causa de las grandes distancias a recorrer. Hay quienes desean seguir los estudios, pero no tienen medio de transporte ni a una persona que cuide a sus hijos durante su ausencia. Otro problema es que el INEA no envía a evaluadores a menos que un grupo numeroso se presente ese día al examen. Sin embargo, casi todos los pobladores reciben clases particulares, de modo que rara vez se forma un grupo con la cantidad necesaria de alumnos que den el examen al mismo tiempo. Este problema no se da solo en el INEA de México, sino también en organismos semejantes en otros países latinoamericanos (Marini, 1994).

El tercer cambio importante es que las condiciones laborales y económicas de las comunidades se han modificado. Debido a que los padres recorren largas distancias hasta su trabajo, son las madres quienes se ocupan del cuidado de las familias. Los padres que antes practicaban la agricultura de subsistencia ahora se desplazan a otras regiones en busca de trabajo. Algunos viajan a las ciudades y regresan a su casa solo los fines de semana. Otros, en cambio, salen a trabajar y vuelven a diario, pero pasan muchas horas en autobuses recorriendo caminos de tierra, o deben viajar en bicicleta o a pie, lo cual toma incluso más tiempo. Muchos han hallado trabajo en otras partes de México o en Estados Unidos, se han mudado por dos o tres años para mandar desde allí dinero a sus familias. Otros se han trasladado de modo permanente. Por su parte, algunos hijos varones abandonan la escuela para hacer el trabajo que antes hacían sus padres. Seda-Santana explica: “La norma es que los hijos abandonen los estudios más o

menos en el cuarto año, lo cual por su parte afecta el desarrollo de la comunidad” (2000: 43).

Los directores del programa han indicado que a causa de las remesas de dinero provenientes de los parientes en Estados Unidos, circula en el área una cantidad de dinero alrededor de diez veces mayor que hace una década. Una de las consecuencias es un pequeño auge en el sector de la construcción. Del mismo modo, en 1992 había muy pocos automóviles y camionetas, pero ahora abundan. Los cambios se han sucedido velozmente y ahora los pobladores, que antes recurrían al intercambio de mercadería, emplean dinero para sus transacciones y tienen la posibilidad de efectuar remodelaciones y reparaciones en sus casas. Asimismo, las mujeres usan ropa de mejor calidad, y parecen disponer de más dinero para comprar alimentos preparados en lugar de cocinar todas las comidas. En varias casas ahora hay neveras y televisores, pero no tantas computadoras, tal vez por los bajos niveles de alfabetismo. Las condiciones sanitarias de las casas han mejorado y cada vez más personas compran papel higiénico y otros artículos de higiene personal.

## Posibles direcciones para el futuro

BYU mantiene el programa de Alfabetización en México no solo por la necesidad de los beneficiarios, sino además por las de sus propios estudiantes. Por otro lado, al considerar la meta de aumentar los niveles de alfabetismo de los pueblos, tal vez convenga concentrarse no solamente en los adultos sino también en los niños. Los estudiantes de BYU podrían involucrarse más con las escuelas de modo de ser partícipes en la instrucción de los niños y jóvenes. Por ejemplo, puede ser útil trabajar con adolescentes durante el horario de clases o fuera de él. Para ese cambio de enfoque se necesitaría una cantidad mayor de materiales de alfabetización en las comunidades y sus escuelas. Dado que esto requeriría permisos del sistema educativo mexicano, la propuesta debería ser realizada con cautela, en etapas bien planificadas. Un primer paso podría ser la instalación de una pequeña biblioteca en cada escuela, donde se podría ofrecer materiales de lectura a los escolares y a la vez aumentar la cantidad de materiales escritos en las casas.

Otra alternativa que podría tener un gran impacto es la de facilitar el acceso de los miembros de la comunidad a computadoras. Si la oportunidad de emplear esta tecnología no fuera en sí misma suficiente motivación para los pobladores, tal vez sí lo sería la posibilidad de comunicarse por medio de Internet con familiares que se encuentran lejos.

Hasta el momento, los propósitos principales del programa se han limitado al crecimiento personal y al servicio a la comunidad. Los estudiantes llevan a cabo investigaciones mientras están en los pueblos, pero por lo general lo hacen con el fin de conocer en profundidad la cultura rural mexicana y no con el propósito de publicar sus descubrimientos para aportar al conocimiento del campo académico. Se debe hacer más hincapié en la investigación de alto nivel y en la difusión de los resultados. Escribió Seda-Santana:

“Entre múltiples demandas, la investigación no ha sido prioridad para los países de América Latina. Aunque se han logrado avances en el campo de la investigación educativa, el terreno está aún fértil tanto para investigaciones como para proyectos de desarrollo” (Seda-Santana, 2000: 49).

Este llamado se dirige tanto a la investigación por parte de instituciones o investigadores latinoamericanos como del resto del mundo. Si BYU desea responder a este llamado deberá destacar el enfoque investigativo del programa de Alfabetización en México y también tendrá que aumentar la calidad de la alfabetización en los pueblos.

Freire (1996) escribió sobre una pedagogía de la esperanza en América Latina. Si bien el programa de BYU en los pueblos rurales de México no tiene la escala suficiente como para presentarse como un modelo a seguir, representa un pequeño esfuerzo para llegar al ideal de Freire. Los cambios producidos en la universidad en Estados Unidos y en los ranchos en México durante los 17 años que lleva en funciones el programa pueden servir para confirmar la validez de esfuerzos similares que otros lleven a cabo. El programa también puede servir para informar y alentar a quienes se esmeran por hacer realidad una pedagogía de la esperanza en otras partes del mundo.

## Referencias bibliográficas

- Bengoa, J. (1988). Education for Social Movements. En A. van Dam; J. Ooijens y G. Peter (eds.), **Popular Education in Latin America: Theory into Practice**. La Haya: Centro para el Estudio de la Educación en Países en Vías de Desarrollo (CESO).
- David M. Kennedy Center for International Studies (2007). **Rancho Census**. Provo, UT: Brigham Young University.
- Freire, P. (1996). **Pedagogía de la esperanza**. México: Siglo XXI.
- Infante, M. I. (1983). **Education, Communication, and Language: Bases for Adult Literacy in Latin America**. México: Centro de Estudios Educativos.
- Laubach, F. C. (1981). **Laubach Way to Reading Skill. Book 1: Sounds and the Names of Letters**. Syracuse, NY: New Readers Press.
- Marini, R. M. (1994). Latin America at the crossroads. **Latin American Perspectives**, 21(1): 99-114.
- Seda-Santana, I. (2000). Literacy Research in Latin America. En M. L. Kamil; P. B. Mosenthal; P. D. Pearson y R. Barr (eds.), **Handbook of Reading Research**, tomo III. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum.
- White, R. A. (1979). Literacy: Cause or Effect of Social Advancement? En R. A. White (ed.), **Educational Perspectives in Latin America**. México: Centro de Estudios Educativos (CEE).

*Este artículo fue recibido en la Redacción de LECTURA Y VIDA en marzo de 2009 y aceptado para su publicación en octubre del mismo año.*

\* Profesor adjunto del Departamento de Formación de Maestros de la Universidad Brigham Young.

\*\* Profesor adjunto del Departamento de Formación de Maestros de la Universidad Brigham Young.

Para comunicarse con los autores:  
brad\_wilcox@byu.edu,  
timothy\_morrison@byu.edu.